

EL CENTENARIO DE CERVANTES

ESPAÑA se dispone a celebrar, dentro de pocos meses, * el centenario de la muerte de Miguel de Cervantes. Un centenario más, como el de Calderón y el de Velázquez—ocasiones, no muy lejanas, de fiestas semejantes,—no importaría gran cosa. Las solemnidades de la pompa oficial, las declamaciones de la vanidad oratoria, los rebuscos de la erudición pedantesca, bastarían para mantener el consecuente ritual de conmemoraciones de esa especie. Pero debe fiarse en que la sugestión y el estímulo de la oportunidad enciendan en el alma de la juventud española—donde hay prometedoras potencias de meditación y poesía,—la inspiración que concrete en estudio, poema u obra de arte, la grande ofrenda que aun debe España a su más alto representante espiritual, que fué a la vez el mayor prosista del Renacimiento, y el más maravilloso creador de caracteres humanos que pueda oponer el genio latino al excelso nombre de Shakespeare.

* En el mes de Abril de 1916. (N. del D.)

La ocasión obliga, con igual imperio, a esta América nuestra. El sentimiento del pasado original, el sentimiento de la raza y de la filiación histórica, nunca se representarían mejor para la América de habla castellana que en la figura de Cervantes. Cualesquiera que sean las modificaciones profundas que al núcleo de civilización heredado ha impuesto nuestra fuerza de asimilación y de progreso; cualesquiera que hayan de ser en el porvenir los desenvolvimientos originales de nuestra cultura, es indudable que nunca podríamos dejar de reconocer y confesar nuestra vinculación con aquel núcleo primero sin perder la conciencia de una continuidad histórica y de un abolengo que nos da solar y linaje conocido en las tradiciones de la humanidad civilizada. Y esa persistente herencia no tiene manifestación más representativa y cabal que la del idioma, donde ella se resume toda entera y aparece adaptando a sus medios connaturales de expresión las adquisiciones y evoluciones sucesivas. Confirmar la fidelidad a esa forma espiritual que es el idioma y glorificarla en el recuerdo de su escritor-arquetipo, es, pues, el modo más adecuado y más sincero con que América puede mostrar el género de solidaridad que reconoce con la obra de sus descubridores y civilizadores.

No hay otra estatua que la de Cervantes para simbolizar en América la España del pasado co-

mún, la España del sol sin poniente. Los reyes que la abarcaron con su cetro, aun cuando mereciesen alguna vez mármol o bronce, no podrían encarnar jamás en mármol ni bronce americano, porque representan la autoridad de que nos emancipamos y las instituciones que sustituimos. Solo la noble imagen de Isabel la Católica dominaría sin incongruencia en suelo de América, rescatando en gloria perennelas joyas que costearon la aventura sublime, y figurando como el numèn maternal de nuestra civilización. Pero el símbolo requiere en este caso formas más recias y viriles que esa suave fisonomía de mujer. Los portentosos capitanes de la Conquista, los legendarios sojuzgadores de mares y de tierras, tienen un carácter que excluye la entera apoteosis americana, como personificaciones de la ejecución brutal, consumada con sacrificio del indio, que también es carne y alma de América. Los colonizadores, gobernantes o misioneros, en quienes se apacigua y endulza la empresa civilizadora, proporcionan más de una figura capaz de ser glorificada en la parte del Continente a que se contrajo su influencia; pero ninguna de magnitud continental. En cuanto al Descubridor, a España pertenece su gloria, sin duda, pero no su persona; y las estatuas que reproducirán infinitamente su imagen, de uno al otro extremo del mundo concedido a su fe, no son las aptas para significar el genio roi-

ginal y propio de la civilización transplantada.

Sólo queda buscar el símbolo personal en el mundo del espíritu, donde esa civilización forja sus normas ideales y sus medios de expresión, y escogerlo en quien tiene dentro de ella personalidad más característica y más alta. Hay, además, entre el genio de Cervantes y la aparición de América en el orbe, profunda correlación histórica. El descubrimiento, la conquista de América, son la obra magna del Renacimiento español, y el verbo de este Renacimiento es la novela de Cervantes. La ironía de esa maravillosa creación, abatiendo un ideal caduco, afirma y exalta de rechazo un ideal nuevo y potente, que es el que determina el sentido de la vida en aquel triunfo; despertar de todas las energías humanas con que se abre en Europa el pórtico de la edad moderna. A un objetivo de alucinaciones y quimeras, como el que perseguía el agotado ideal caballeresco, sucede el firme objetivo de la realidad, abierta a los fines racionales y a la perseverante energía de los hombres. El mundo imaginario que había dado teatro a las hazañas de los Amadises y Esplandianes se desvanece como las nieblas heridas por el sol, y lo sustituye el mundo de la naturaleza, redondeado y conquistado por el esfuerzo humano; la América vasta y hermosa sobre todas las ficciones, que con su descubrimiento completa la noción del mundo físico, y con el incentivo de su

e

posición ofrece el escenario de proezas más inauditas y asombrosas que las aventuras baldías de los caballeros andantes.

La filosofía del "Quijote" es, pues, la filosofía de la conquista de América. La radical transformación de sentimientos, de ideas, de costumbres, para la que el hallazgo del hemisferio ignorado fué causa concurrente, es la que adquiere forma poética imperecedera en esa epopeya de la burla, donde el jovial espíritu del Renacimiento dirige sobre los últimos vestigios de un ideal moribundo, las mortales saetas de la ironía. América nació para que muriese Don Quijote; o mejor, para hacerle renacer entero de razón y de fuerzas, incorporando a su valor magnánimo y a su imaginación heroica, el objetivo real, la aptitud de la acción conjunta y solidaria y el dominio de los medios proporcionados a sus fines.

Mientras muere vencido el Ingenioso Hidalgo y perece con él el tipo de héroes de las fábulas de caballerías, melancólicos como Tristán, vagos e inconsistentes como Lanzarote, inmaculados como Amadis, se consagra en las tremendas lides de América el nuevo tipo heroico, rudo y sanguíneo, de los Corteses, Pizarros y Balboas, perseguidores de realidades positivas; apasionados, tanto como de la gloria, del oro y del poder. Mientras la armadura herrumbrosa y la adarga antigua y el simulacro de celada del iluso caba-

llero, se deshacen en rincón obscuro, resplandecen al sol de América las vibrantes espadas, las firmes corazas de Toledo. Mientras Rocinante, escuálido e inútil, fallece de vejez y de hambre, se desparraman por las pampas, los montes y los valles del Nuevo Mundo los briosos potros andaluces, los heroicos caballos del conquistador, progenitores de aquellos que un día habrán de formar, con el "gaucho" y el "llanero", el organismo del centauro americano. Mientras se disipan en el aire los mentidos tesoros de la cueva de Montesinos, fulguran con deslumbradora realidad la plata de Potosí, el oro de Méjico, los diamantes y esmeraldas del Brasil. Mientras fracasa entre risas burladoras el mezquino gobierno de la Insula Bárataria, se ganan de este lado del mar imperios colosales y se fundan virreinos y gobernaciones con que se conceden más pingües recompensas que las que rey alguno de los tiempos de caballería pudo soñar para sus vasallos.

Así el sentido crítico del "Quijote" tiene por complemento afirmativo la grande empresa de España, que es la conquista de América. Así, al figurar una viva oposición de ideales, dejó escrita ese libro la epopeya de la civilización española, deteniendo, como hechizada, en el vuelo del tiempo, la hora culminante en que aquella civilización llega a su plenitud y da de sí nuevas tierras y nuevos pueblos. Y así el nombre de Miguel de

Cervantes, no sólo por la suprema representación de la lengua, sino también por el carácter de su obra y el significado ideal que hay en ella, puede servir de vínculo imperecedero que recuerde a América y España la unidad de su historia y la fraternidad de sus destinos.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

Montevideo, 1915.

(*La Nota*. Buenos Aires.)



LA TIERRA DE ALVARGONZALEZ

UNA mañana de los primeros días de octubre, decidí visitar la fuente del Duero y tomé en Soria el coche de Burgos que había de llevarme hasta Cidones. Me acomodé en la delantera cerca del Mayoral y entre dos viajeros: un indiano que tornaba de Méjico a su aldea natal, escondida en tierra de pinares, y un viejo campesino que venía de Barcelona donde embarcara a dos de sus hijos para La Plata. No cruzaréis la alta estepa de Castilla sin encontrar gentes que os hablen de tierras de Ultramar.

Tomamos la ancha carretera de Burgos, dejando a nuestra izquierda el camino de Osma, bordeado de chopos que el otoño comenzaba a dorar. Soria quedaba a nuestra espalda entre grises colinas y cerros pelados. Soria, mística y guerrera, guardaba antaño la puerta de Castilla, como una barba cana hacia los reinos moros que cruzó el Cid en su destierro. El Duero, en torno a Soria, forma una curva de ballesta. Nosotros llevábamos la dirección del venablo.

El indiano me hablaba de Veracruz, mas yo escuchaba al campesino que discutía con el

mayoral sobre un crimen reciente. En los pinares de Durcielo, una joven vaquera había aparecido cosida a puñaladas y violada después de muerta. El campesino acusaba a un rico ganadero de Valdeavellano, preso por indicios en la cárcel de Soria, como autor indudable de tan bárbara fechoría, y desconfiaba de la justicia porque la víctima era pobre. En las pequeñas ciudades, las gentes se apasionan del juego y de la política, como en las grandes, del arte y de la pornografía,—ocios de mercaderes—pero en los campos, sólo interesan las labores que reclaman la tierra y los crímenes de los hombres.

—¿Va Vd. muy lejos? pregunté al campesino.

—A Covalada, señor, me respondió. ¿Y Vd.?

—El mismo camino llevo, porque pienso subir a Urbión y tomaré el valle del Duero. A la vuelta bajaré a Vinuesa por el puerto de Santa Inés.

—Mal tiempo para subir a Urbión. Dios le libre de una tormenta por aquella sierra.

Llegados a Cidones, nos apeamos el campesino y yo, despidiéndonos del indiano que continuaba su viaje en la diligencia hasta San Leonardo, y emprendimos en sendas caballerías el camino de Vinuesa.

Siempre que trato con hombres del campo, pienso en lo mucho que ellos saben y nosotros ignoramos, y en lo poco que a ellos importa conocer cuanto nosotros sabemos.

El campesino cabalgaba delante de mí, si-

lencioso. El hombre de aquellas tierras, serio y taciturno, habla cuando se le interroga, y es sobrio en la respuesta. Cuando la pregunta es tal que pudiera excusarse, apenas se digna contestar. Sólo se extiende en advertencias útiles sobre las cosas que conoce bien, o cuando narra historias de la tierra.

Volví los ojos al pueblecillo que dejábamos a nuestra espalda. La iglesia con su alto campanario coronado por un hermoso nido de cigüeñas, descuela sobre unas cuantas casuchas de tierra. Hacia el camino real destácase la casa de un indiano, contrastando con el sórdido caserío. Es un hotelito moderno y mundano, rodeado de jardín y verja. Frente al pueblo se extiende una calva serrezuela de rocas grises, surcadas de grietas rojizas.

Después de cabalgar dos horas, llegamos a la Muedra, una aldea a medio camino entre Cidones y Vinuesa, y a pocos pasos cruzamos un puente de madera sobre el Duero.

—Por aquel sendero, me dijo el campesino señalando a su diestra, se va a las tierras de Alvargonzález; campos malditos hoy; los mejores, antaño, de esta comarca.

—¿Alvargonzález es el nombre de su dueño? le pregunté.

—Alvargonzález, me respondió, fué un rico labrador; mas nadie lleva ese nombre por estos contornos. La aldea donde vivió se llama como él se llamaba: Alvargonzález, y tierras de Alvargonzález a los páramos que la ro-

dean. Tomando esa vereda llegaríamos allá antes que a Vinuesa por este camino. Los lobos, en invierno, cuando el hambre les echa de los bosques, cruzan esa aldea y se les oye aullar al pasar por las majadas que fueron de Alvargonzález, hoy vacías y arruinadas.

Siendo niño, oí contar a un pastor la historia de Alvargonzález, y sé que anda inscrita en papeles y que los ciegos la cantan por tierras de Berlanga.

Roguéle que me narrase aquella historia, y el campesino comenzó así su relato:

Siendo Alvargonzález mozo, heredó de sus padres rica hacienda. Tenía casa con huertas y colmenar, dos prados de fina hierba, campos de trigo y de centeno, un trozo de encinar no lejos de la aldea, algunas yuntas para el arado, cien ovejas, un mastín y muchos lebreles de caza.

Prendóse de una linda moza en tierras del Burgo, no lejos de Berlanga, y al año de conocerla la tomó por mujer. Era Polonia, de tres hermanas, la mayor y la más hermosa, hija de labradores que llamaban los Peribáñez, ricos en otros tiempos, entonces dueños de menguada fortuna.

Famosas fueron las bodas que se hicieron en el pueblo de la novia y las tornabodas que celebró en su aldea Alvargonzález. Hubo vihuelas, rabeles, flautas y tamboriles, danza aragonesa y fuegos al uso valenciano. De la comarca que riega el Duero, desde Urbión,

donde nace, hasta que se aleja por tierras de Fuegos, se habla de las bodas de Alvargonzález, y se recuerdan las fiestas de aquellos días, porque el pueblo no olvida nunca lo que brilla y truena.

Vivió feliz Alvargonzález con el amor de su esposa y el medro de sus tierras y ganados. Tres hijos tuvo, y, ya crecidos, puso el mayor a cuidar huerta y abejar, otro al ganado, y mandó al menor a estudiar en Osma, porque lo destinaba a la iglesia.

Mucha sangre de Caín tiene la gente labradora. La envidia armó pelea en el hogar de Alvargonzález. Casáronse los mayores, y el buen padre tuvo nueras que antes de darle nietos, le trajeron cizaña. Malas hembras y tan codiciosas para sus casas, que sólo pensaban en la herencia que les cabría a la muerte de Alvargonzález, y por ansia de lo que esperaban, no gozaban lo que tenían.

El menor, a quien los padres pusieron en el seminario, prefería las lindas mozas, a rezos y latines, y colgó un día la sotana, dispuesto a no vestirse más por la cabeza. Declaró que estaba resuelto a embarcarse para las Américas. Soñaba con correr tierras y pasar los mares, y ver el mundo entero.

Mucho lloró la madre. Alvargonzález vendió el encinar, y dió a su hijo cuanto había de heredar.

—Toma lo tuyo, hijo mío, y que Dios te acompañe. Sigue tu idea y sabe que mientras

tu padre viva, pan y lecho tienes en esta casa; pero a mi muerte, todo será de tus hermanos.

Ya tenía Alvargonzález la frente arrugada, y por la barba le plateaba el bozo azul de la cara. Eran sus hombros todavía robustos y erguida su cabeza, que sólo blanqueaba en las sienas.

Una mañana de otoño salió solo de su casa, no iba como otras veces, entre sus finos galgos, terciada a la espalda la escopeta. No llevaba arreo de cazador ni pensaba en cazar. Largo camino anduvo bajo los álamos amarillos de la ribera, cruzó el encinar y, junto a una fuente que un olmo gigantesco sombreaba, detúvose fatigado. Enjugó el sudor de su frente, bebió algunos sorbos de agua y acostóse en la tierra.

Y a solas hablaba con Dios Alvargonzález, diciendo: "Dios, mi señor, que colmaste las tierras que labran mis manos, a quien debo pan en mi mesa, mujer en mi lecho y por quien crecieron robustos los hijos que engendré, por quien mis majadas rebosan de blancas merinas y se cargan de fruto los árboles de mi huerto y tienen miel las colmenas de mi abejar; sabe, Dios mío, que sé cuanto me has dado, antes que me lo quites.

Se fué quedando dormido mientras así rezaba; porque la sombra de las ramas y el agua que brotaba la piedra, parecían decirle: Duerme y descansa.

Y durmió Alvargonzález, pero su ánimo no había de reposar porque los sueños aborrascan el dormir del hombre.

Y Alvargonzález soñó que una voz le hablaba, y veía como Jacob una escala de luz que iba del cielo a la tierra. Sería tal vez la franja de sol que filtraban las ramas del olmo.

Difícil es interpretar los sueños que desatan el haz de nuestros propósitos para mezclarlos con recuerdos y temores. Muchos creen adivinar lo que ha de venir estudiando los sueños. Casi siempre yerran, pero alguna vez aciertan. En los sueños malos, que apesadumbran el corazón del durmiente, no es difícil acertar. Son estos sueños memorias de lo pasado, que teje y confunde la mano torpe y temblorosa de un personaje invisible: el miedo.

Soñaba Alvargonzález en su niñez. La alegre fogata del hogar, bajo la ancha y negra campana de la cocina y en torno al fuego, sus padres y sus hermanos. Las nudosas manos del viejo acariciaban la rubia candela. La madre pasaba las cuentas de un negro rosario. En la pared ahumada, colgaba el hacha reluciente, con que el viejo hacía leña de las ramas de roble.

Seguía soñando Alvargonzález, y era en sus mejores días de mozo. Una tarde de verano y un prado verde tras de los muros de una huerta. A la sombra, y sobre la yerba, cuando el sol caía, tiñendo de luz anaranjada las copas de los castaños, Alvargonzález levantaba el

ordre de cuero y el vino rojo caía en su boca, refrescándole la seca garganta. En torno suyo estaba la familia de Peribáñez: los padres y las tres lindas hermanas. De las ramas de la huerta y de la yerba del prado se elevaba una armonía de oro y cristal, como si las estrellas cantasen en la tierra antes de aparecer dispersas en el cielo silencioso. Caía la tarde y sobre el pinar obscuro, aparecía, dorada y jadeante, la luna llena, la hermosa luna del amor, sobre el campo tranquilo.

Como si las hadas que hilan y tejen los sueños, hubiesen puesto en sus ruelas un mechón de negra lana, ensombrecióse el soñar de Alvargonzález, y una puerta dorada abrióse lastimando el corazón del durmiente.

Y apareció un hueco sombrío, y al fondo, por tenue claridad iluminado, el hogar desierto y sin leña. En la pared colgaba de una escarpia el hacha bruñida y reluciente.

El sueño abrióse al día claro. Tres niños juegan a la puerta de la casa. La mujer vigila, cose, y a ratos sonríe. Entre los mayores brinca un cuervo negro y lustroso de ojo acerado.

—¿Hijos, que hacéis? les pregunta.

Los niños se miran y callan.

—Subid al monte, hijos míos, y antes que caiga la noche, traedme un brazado de leña.

Los tres niños se alejan. El menor, que ha quedado atrás, vuelve la cara y su madre lo llama. El niño vuelve hacia la casa y los hermanos siguen su camino hacia el encinar.

Y es otra vez el hogar, el hogar apagado y desierto, y en el muro colgaba el hacha reluciente.

Los mayores de Alvargonzález vuelven del monte con la tarde, cargados de estepas. La madre enciende el candil y el mayor arroja astillas y jaras sobre el tronco de roble, y quiere hacer el fuego en el hogar. Cruje la leña y los tueros, apenas encendidos, se apagan. No brota la llama en el lar de Alvargonzález. A la luz del candil brilla el hacha en el muro, y esta vez parece que gotea sangre.

—Padre, la hoguera no prende; está la leña mojada.

Acude el segundo y también se afana por hacer lumbre. Pero el fuego no quiere brotar.

El más pequeño echa sobre el hogar un puñado de estepas, y una roja llama alumbra la cocina. La madre sonrío, y Alvargonzález coge en brazos al niño y lo sienta en sus rodillas, a la diestra del fuego.

—Aunque el último has nacido, tú eres el primero en mi corazón y el mejor de mi casta; porque tus manos hacen el fuego.

Los hermanos pálidos como la muerte se alejan por los rincones del sueño. En la diestra del mayor brilla el hacha de hierro.

Junto a la fuente dormía Alvargonzález, cuando el primer lucero brillaba en el azul, y una enorme luna teñida de púrpura se asomaba al campo ensombrecido. El agua que brotaba en la piedra parecía relatar una his-

toria vieja y triste: la historia del crimen en el campo.

Los hijos de Alvargonzález caminaban silenciosos, y vieron al padre dormido junto a la fuente. Las sombras que alargaban la tarde llegaron al durmiente antes que los asesinos. La frente de Alvargonzález tenía un tachón sombrío entre las cejas, como la huella de una segur sobre el tronco de un roble. Soñaba Alvargonzález que sus hijos venían a matarle, y al abrir los ojos vió que era cierto lo que soñaba.

Mala muerte dieron al labrador, los malos hijos, a la vera de la fuente. Un hachazo en el cuello y cuatro puñaladas en el pecho pusieron fin al sueño de Alvargonzález. El hacha que tenían de sus abuelos y que tanta leña cortó para el hogar, tajó el robusto cuello que los años no habían doblado todavía, y el cuchillo con que el buen padre cortaba el pan moreno que repartía a los suyos en torno de la mesa, hendido había el más noble corazón de aquella tierra. Porque Alvargonzález era bueno para su casa, pero era también mucha su caridad en la casa del pobre. Como padre habían de llorarle cuantos alguna vez llamaron a su puerta o alguna vez le vieron en los umbrales de las suyas.

Los hijos de Alvargonzález no saben lo que han hecho. Al padre muerto arrastran hacia un barranco, por donde corre un río que bus-

ca al Duero. Es un valle sombrío lleno de helechos, hayedos y pinares.

Y lo llevan a la Laguna Negra, que no tiene fondo y allí lo arrojan con una piedra atada a los pies. La laguna está rodeada de una muralla gigantesca de rocas grises y verdosas, donde anidan las águilas y los buitres. Las gentes de la sierra en aquellos tiempos no osaban acercarse a la laguna ni aun en los días claros. Los viajeros que, como Vd., visitan hoy estos lugares, han hecho que se les pierda el miedo.

Los hijos de Alvargonzález tornaban por el valle, entre los pinos gigantescos y las hayas decrepitas. No oían el agua que sonaba en el fondo del barranco. Dos lobos asomaron, al verles pasar. Los lobos huyeron espantados. Fueron a cruzar el río, y el río tomó por otro cauce, y en seco lo pasaron. Caminaban por el bosque para tornar a su aldea con la noche cerrada, y los pinos, las rocas y los helechos por todas partes les dejaban vereda como si huyesen de los asesinos. Pasaron otra vez junto a la fuente, y la fuente, que contaba su vieja historia, calló mientras pasaban, y aguardó a que se alejasen para seguir contándola.

Así heredaron los malos hijos la hacienda del buen labrador que una mañana de otoño salió de su casa, y no volvió ni podía volver. Al otro día se encontró su manta cerca de la fuente y un reguero de sangre camino del ba-

rranco. Nadie osó acusar el crimen á los hijos de Alvargonzález, porque el hombre del campo teme al poderoso, y nadie se atrevió a son-
dar la laguna porque hubiera sido inútil. La laguna jamás devuelve lo que se traga. Un buhonero que erraba por aquellas tierras fué preso y ahorcado en Soria, a los dos meses, porque los hijos de Alvargonzález le entregaron a la justicia, y con testigos pagados lograron perderle.

La maldad de los hombres es como la Laguna Negra, que no tiene fondo.

La madre murió a los pocos meses. Los que la vieron muerta una mañana, dicen que tenía cubierto el rostro entre las manos frías y agarrotadas.

* * *

El sol de primavera iluminaba el campo verde, y las cigüeñas sacaban a volar a sus hijuelos en el azul de los primeros días de mayo. Crotoraban las codornices entre los trigos jóvenes; verdeaban los álamos del camino y de las riberas, y los ciruelos del huerto se llenaban de blancas flores. Sonreían las tierras de Alvargonzález a sus nuevos amos, y prometían cuanto había rendido al viejo labrador.

Fué un año de abundancia en aquellos campos. Los hijos de Alvargonzález comenzaron a descargarse del peso de su crimen, porque a los malvados muerde la culpa cuando temen al castigo de Dios o de los hombres; pero si la

fortuna ayuda y huye el temor, comen su pan alegremente, como si estuviera bendito.

Mas la codicia tiene garras para coger, pero no tiene manos para labrar. Cuando llegó el verano siguiente, la tierra empobrecida, parecía fruncir el seño a sus señores. Entre los trigos había más amapolas y hierbajos, que rubias espigas. Heladas tardías habían matado en flor los frutos de la huerta. Las ovejas morían por docenas porque una vieja, a quien se tenía por bruja, les hizo mala hechicería. Y si un año era malo, otro peor le seguía. Aquellos campos estaban malditos, y los Alvargonzález venían tan a menos, como iban a más querellas y enconos entre las mujeres. Cada uno de los hermanos tuvo dos hijos que no pudieron lograrse, porque el odio había envenenado la leche de las madres.

Una noche de invierno, ambos hermanos y sus mujeres rodeaban el hogar, donde ardía un fuego mezquino que se iba extinguiendo poco a poco. No tenían leña, ni podían buscarla a aquellas horas. Un viento helado penetraba por las rendijas del postigo, y se le oía bramar en la chimenea. Fuera, caía la nieve en torbellinos. Todos miraban silenciosos las ascuas mortecinas, cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién será a estas horas? dijo el mayor. Abre tú.

Todos permanecieron inmóviles sin atreverse a abrir.

Sonó otro golpe en la puerta y una voz que decía:

—Abrid, hermanos.

—¡Es Miguel! Abrámosle.

Cuando abrieron la puerta, cubierto de nieve y embozado en un largo capote entró Miguel, el menor de Alvargonzález, que volvía de las Indias.

Abrazó a sus hermanos, y se sentó con ellos cerca del hogar. Todos quedaron silenciosos. Miguel tenía los ojos llenos de lágrimas, y nadie le miraba frente a frente. Miguel, que abandonó su casa siendo niño, tornaba hombre y rico. Sabía las desgracias de su hogar, mas no sospechaba de sus hermanos. Era su porte, caballero. La tez morena, algo quemada, y el rostro enjuto, porque las fiebres de Ultramar dejan siempre huella, pero en la mirada de sus grandes ojos brillaba la juventud. Sobre la frente, ancha y tersa, su cabello castaño caía en finos bucles. Era el más bello de los tres hermanos, porque al mayor le afeaba el rostro lo espeso de las cejas velludas, bajo la estrecha frente, y al segundo, los ojos pequeños, inquietos y cobardes, de hombre astuto y cruel.

Mientras Miguel permanecía mudo y abstraído, sus hermanos le miraban al pecho, donde brillaba una gruesa cadena de oro.

El mayor rompió el silencio, y dijo:

—¿Vivirás con nosotros?

—Si queréis, contestó. Mi equipaje llegará mañana.

—Unos suben y otros bajan, añadió el segundo. Tú traes oro y nosotros, ya ves, ni leña tenemos para calentarnos.

El viento batía la puerta y el postigo, y aullaba en la chimenea. El frío era tan grande, que estremecía los huesos.

Miguel iba a hablar cuando llamaron otra vez a la puerta. Miró a sus hermanos como preguntándoles quién podría ser a aquellas horas. Sus hermanos temblaban de espanto.

Llamaron otra vez, y Miguel abrió.

Apareció el hueco sombrío de la noche, y una racha de viento le salpicó de nieve el rostro. No vió a nadie en la puerta, mas divisó una figura que se alejaba bajo los copos blancos. Cuando volvió a cerrar, notó que en el umbral había un montón de leña. Aquella noche ardió una hermosa llama en el hogar de Alvargonzález.

Fortuna traía Miguel de las Américas, aunque no tanta como soñara la codicia de sus hermanos. Decidió afinar en aquella aldea donde había nacido, mas como sabía que toda la hacienda era de sus hermanos, les compró una parte, dándoles por ella mucho más oro del que nunca había valido. Cerróse el trato, y Miguel comenzó a labrar en las tierras malditas.

El oro devolvió la alegría al corazón de los malvados. Gastaron sin tino en el regalo y el

vicio, y tanto mermaron su ganancia, que al año volvieron a cultivar la tierra abandonada.

Miguel trabajaba de sol a sol. Removió la tierra con el arado, limpióla de malas hierbas, sembró trigo y centeno, y mientras los campos de sus hermanos parecían desmedrados y secos, los suyos se colmaron de rubias y macizas espigas. Sus hermanos le miraban con odio y con envidia. Miguel les ofreció el oro que le quedaba a cambio de las tierras malditas.

Las tierras de Alvargonzález eran ya de Miguel, y a ellas tornaba la abundancia de los tiempos del viejo labrador. Los mayores gastaban su dinero en locas francachelas. El juego y el vino llevábanles otra vez a la ruina.

Una noche volvían borrachos a su aldea, porque habían pasado el día bebiendo y festejando en una feria cercana. Llevaba el mayor el ceño fruncido y un pensamiento feroz bajo la frente.

—¿Como te explicas tú la suerte de Miguel? dijo a su hermano.

“La tierra le colma de riquezas, y a nosotros nos niega un pedazo de pan.

—Brujería y artes de Satanás, contestó el segundo.

Pasaban cerca de la huerta, y se les ocurrió asomarse a la tapia. La huerta estaba cuajada de frutos. Bajo los árboles, y entre los ro-

sales, divisaron un hombre encorvado hacia la tierra.

—Mírale, dijo el mayor. Hasta de noche trabaja.

—¡Eh! Miguel, le gritaron.

Pero el hombre aquél no volvía la cara. Seguía trabajando en la tierra, cortando ramas o arrancando hierbas. Los dos atónitos borrachos, achacaron al vino que les aborrascaba la cabeza, el cerco de luz que parecía rodear la figura del hortelano. Después, el hombre se levantó y avanzó hacia ellos sin mirarles, como si buscase otro rincón del huerto para seguir trabajando. Aquel hombre tenía el rostro del viejo labrador. ¡De la laguna sin fondo había salido Alvargonzález para labrar el huerto de Miguel!

Al día siguiente, ambos hermanos recordaban haber bebido mucho vino y visto cosas raras en su borrachera. Y siguieron gastando su dinero hasta perder la última moneda. Miguel labraba sus tierras, y Dios le colmaba de riqueza.

Los mayores volvieron a sentir en sus venas la sangre de Caín, y el recuerdo del crimen les azuzaba al crimen.

Decidieron matar a su hermano, y así lo hicieron.

Ahogáronle en la presa del molino, y una mañana apareció Miguel flotando sobre el agua.

Los malvados lloraron aquella muerte con lágrimas fingidas, para alejar sospechas en

la aldea donde nadie les quería. No faltaba quien les acusase del crimen en voz baja, aunque ninguno osó llevar pruebas a la justicia.

Y otra vez volvió a los malvados la tierra de Alvargonzález.

Y el primer año tuvieron abundancia porque cosecharon la labor de Miguel, pero al segundo, la tierra se empobreció.

Un día, seguía el mayor encorvado sobre la reja del arado que abría penosamente un surco en la tierra. Cuando volvió los ojos, reparó que la tierra se cerraba y el surco desaparecía.

Su hermano cavaba en la huerta, donde sólo medraban las malas hierbas, y vió que de la tierra brotaba sangre. Apoyado en la azada contemplaba la huerta, y un frío sudor corría por su frente.

Otro día, los hijos de Alvargonzález tomaron silenciosos el camino de la Laguna Negra.

Cuando caía la tarde, cruzaban por entre las hayas y los pinos.

Dos lobos que se asomaron a verles, huyeron espantados.

Al llegar a la laguna contemplaron un momento el agua tranquila.

¡Padre! gritaron, y cuando en los huecos de las rocas el eco repetía: ¡padre! ¡padre! ¡padre! ya se los había tragado el agua de la laguna sin fondo.

ANTONIO MACHADO

REPERTORIO BIBLIOGRAFICO

La poesía de Enrique González Martínez (*)

EL ansioso llegó adonde vive el maestro de la sabiduría.

—Toda mi juventud he marchado por los caminos de la tierra, y no a ver vanidades ni a buscar placeres. Mucho observé en las cosas; mucho supe de los hombres. Pero la sabiduría reveladora de los secretos del mundo, ésa me falta. Buscándola vine a ti.

—Demasiado pides.

—Muéstrame, siquiera, la ruta en que marchas rumbo al misterio universal. Que si no lo describro, al menos lo sienta en mí como algo más que interrogación.

El maestro le tocó sobre los párpados, y le dijo:

—Ya estás en el camino.

... Cuando de nuevo se encontró frente al maestro, dijo:

—He vivido largos días ¿años tal vez? en la ruta del misterio, y sorprendí la luz

(*) Prólogo al próximo libro del poeta, *La muerte del cisne*. De este prólogo dice Sanín Cano en *Hispania* de Julio de 1915: "El prólogo de Henríquez Ureña es una revelación".

de mi espíritu, y vi que iluminaba mundos nuevos, y me sentí llenarme del alma universal. ¿Cuál es tu secreto?

— Cerré tus ojos. Bajo la actitud inmóvil, hacia adentro marchabas. El camino eres tú mismo.

*
* *

Imagino así la ruta espiritual de este poeta. Parte de la múltiple visión de las cosas, de la riqueza de imágenes necesaria al hombre de arte, y, camino adentro, llega a su filosofía de la vida universal. Su poesía adquiere doble carácter: de individualismo y panteísmo a la vez. Las mónadas de Leibniz penetran en el universo de Spinoza gracias al milagro de la síntesis estética.

I

Interesantísima para la historia psicológica de nuestro tiempo es la formación de la corriente poética a que pertenecen los versos de Enrique González Martínez. Esta poesía de conceptos transcendentales y de emociones sutiles, es la última transformación del romanticismo: no sólo del romanticismo *interior*, que es de todo tiempo, sino también del romanticismo en

cuanto forma histórica. Como en toda revolución triunfante, en el romanticismo de las literaturas novolatinas las disensiones graves fueron las internas. En Francia —a la que seguimos, desde hace cien años, con devoción única, para bien y para mal, los pueblos de lengua castellana—, junto a la poesía romántica *pura*, la de Hugo, Lamartine y Musset, desnuda expresión de toda inquietud individual, ímpetu que inundaba desbordándose a veces, los cauces de una nueva retórica, surgió Vigny, con su elogio del silencio y sus desdenes aristocráticos; surgió Gautier, con su curiosidad hedonística y su aristocrática ironía. El *Parnaso* se levanta como protesta, al fin, contra el exceso de violencia y desnudez: su estética, pobre por su actitud negativa, o limitativa al menos, quedó atada y sujeta a la del romanticismo por el propósito de contradicción. Tras la tesis romántica, que engendra la antítesis parnasiana, aparece, y aun dura, la síntesis: el *simbolismo*. Ni tanta violencia, ni tanta impassibilidad. Todo cabe en la poesía, pero todo se trata por símbolos. Todo se depura y ennoblece; se vuelve, también, más o menos abstracto. De aquí, ahora, el *lirismo abstracto*, el peligro que está engendrando la

reacción, la antítesis contraria a la actual tesis simbolista bajo cuyo imperio vivimos.

Esta es, entretanto, la fuerza que domina en nuestra poesía hispanoamericana: el simbolismo. Hemos sido, en América, clásicos, o, más a menudo, académicos; hemos sido románticos, o a lo menos, desmelenados; nunca supimos ser en verdad parnasianos o decadentes. Nuestro *modernismo*, años atrás, sólo parecía tomar del simbolismo francés elementos formales: poco a poco, sin advertirlo, hemos penetrado en su ambiente, hemos adoptado su actitud ante los problemas esenciales del arte. Hemos llegado, al fin, a la *posición* espiritual del simbolismo, acomodándonos, más que a sus difíciles tanteos estilísticos de ayer, al tono lírico que de él heredó la poesía francesa contemporánea.

II

Así lo demuestra la obra de Enrique González Martínez; así lo demuestra el culto que suscita entre los jóvenes. Aunque muchos en América no le conocen todavía, González Martínez es el poeta a quien admira y prefiere la juventud intelectual de México; fuera, principia a imitarsele *en silencio*.

Raras veces conocerá los *valores literarios* de México quien no visite el país; porque la crítica se ejerce mucho más en el *cenáculo* que en el libro o el periódico. ¿Quién, en nuestra América, no conoce las colecciones de versos, populares entre las mujeres, de poetas mexicanos que florecieron antes de 1880? Sus nombres ¿no se repiten como *nombres representativos* entre los lectores medianamente informados? Pero la opinión de los cenáculos declara (y con verdad) que México no tuvo poetas de primer orden entre las dos centurias transcurridas desde Sor Juana Inés de la Cruz hasta Manuel Gutiérrez Nájera. Este es, piensa Antonio Caso, la personalidad literaria más influyente que ha aparecido en el país. De su obra, engañosa en su aspecto de ligereza, parten incalculables direcciones, para el verso así como para la prosa. Con su aparición, que históricamente es siempre un signo, aunque no siempre haya sido una influencia, principia a formarse el grupo de los *dioses mayores*.

Seis dioses mayores proclama la voz de los cenáculos: Gutiérrez Nájera y Manuel José Othón, muertos ya; Salvador Díaz

Mirón, Amado Nervo, Luis G. Urbina y Enrique González Martínez (1).

Cada uno de los grandes poetas anteriores tuvo su hora. González Martínez es el de la hora presente, el amado y preferido por los jóvenes que se inician, como al calor de extraño invernadero, en la intensa actividad de arte y de cultura que sobrevive, enclaustrada y sigilosa, entre las amenazas de disolución social.

Este poeta, a quien tributan homenaje íntimo las almas selectas de su patria, llegó a la capital hace apenas cuatro años. Le acogieron, con solícito entusiasmo, los representantes de la tradición, en la Academia; los representantes de la moderna cultura, en el Ateneo. Traía ya cuatro libros; el cuarto, *Los senderos ocultos*, admirable. Venía de las provincias, donde pasó la juventud.

(1) No hace mucho, en elegante conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid, coincidía espontáneamente con esta selección el distinguido crítico y poeta D. Francisco A. de Icaza, ausente de su país desde largos años atrás. Probablemente la primera declaración oficial del criterio que prevalece en México sobre la significación de los poetas nacionales, se encuentra en *Las cien mejores poesías mexicanas*, antología compilada por los Sres. Castro Leal, Vásquez del Mercado y Toussaint (1914). Este, por su parte, en artículo publicado en la revista *Nosotros*, declaraba a nombre de su generación, la más joven: "La poesía de González Martínez es nuestra poesía". La influencia que este poeta iba a ejercer sobre los jóvenes la anunciaba ya Alfonso Reyes en su artículo sobre *Los senderos ocultos* (1911), inserto en la *Revista de América*, de París.

III

... ¿Qué mundos de experiencias recorrió este poeta, capaz de tantas, en los veinte años que transcurrieron entre la adolescencia impresionable y la juvenil madurez? Su poesía esconde toda huella de la existencia exterior y cotidiana. Es, desde los comienzos, autobiografía espiritual: obra de arte simbólico, compuesto, no con los materiales nativos, sino con la esencia ideal del pensamiento y la emoción.

El poeta estuvo, desde su despertar, encendido en íntimas ansias y angustias. Pero observó en torno suyo; le sedujo el prodigio de las formas y los colores, la maravilla del sonido:

Yo amaba solamente los crepúsculos rojos
las nubes y los campos, la ribera y el mar....

Del jardín me atraían el jazmín y la rosa
(la sangre de la rosa, la nieve del jazmín)....

Halagaban mi oído las voces de las aves,
la balada del viento, el canto del pastor....

Entonces se componen los inevitables sonetos descriptivos; se consulta a Virgilio; se piden temas a la Grecia decorativa de los poetas franceses; se traduce a Heredia.

Pero junto a las rientes escenas mitológicas, entre los paisajes de *escuela mexicana* (la que comienza en Pesado y culmina

en Pagaza y Othón), flotan reminiscencias románticas: arcaicas invocaciones a la onda marina y al rayo de las tormentas; voces confusas que turban la deseada armonía. En este conjunto que aspira al reposo parnasiano, suenan ya notas extrañas: se deslizan modulaciones de la flauta de Verlaine. ¡Ay de quien escuchó este son *poignant!*

En el bosque tradicional, atraen al poeta dos símbolos: el árbol majestuoso, la fuente escondida. De ellos aprende, tras los primeros delirios, la lección de recogimiento y templanza. Ellos le librarán de dos embriagueces, peligrosas si persisten: la interna, el dolor metafísico de la adolescencia torturada por súbitas desilusiones; la externa, el deslumbramiento de la juventud ante la pompa y el deleite del mundo físico.

Halla su disciplina, su norma: el goce perfecto de las cosas bellas pide "ocio atento, silencio dulce"; y el goce de las altas emociones pide el aquietamiento de los tumultos íntimos, pide templanza:

Irás sobre la vida de las cosas
con noble lentitud....

Que todo deje en ti como una huella
misteriosa grabada intensamente....

Porque este sigilio, esta templanza, le llevan ahora lejos del culto de los ídolos impasibles; le llevan a escudriñar bajo e-suntuoso velo de las apariencias. A la imal gen decorativa y vana del cisne, sucede el símbolo espiritual del buho, con su aspecto de interrogación taciturna.

Yo amaba solamente los crepúsculos rojos....
Al fenecer la nota, al apagarse el astro
¡oh sombras, oh silencio! dormitabais también...

No: ahora procura "no turbar el silencio de la vida", pero afina su alma para que pueda "escuchar el silencio y ver la sombra". Su poesía adquiere virtudes exquisitas: se define su carácter de meditación solemne, de emoción contenida y discreta; su ambiente de contemplación y de ensueño; su clara melodía de cristal; su delicada armonía *lacustre* Extasis serenos ante "el alma de las cosas", ante los rumores del misterio universal.

Busca en todas las cosas un alma y un sentido oculto....
Hay en todos los seres una blanda sonrisa,
un dolor inefable o un misterio sombrío....

"Todo es revelación; todo es enseñanza —dice Rodó—; todo es tesoro oculto en las cosas". Todo es símbolo:

A veces una hoja desprendida
de lo alto de los árboles, un lloro
de las linfas que pasan, un sonoro
trino de ruiseñor, turban mi vida....
... Que no sé yo si me difundo en todo
o todo me penetra y va conmigo....

He aquí cómo, después de salvar las sir-
tes de las embriagueces juveniles, alcanza
el poeta la suprema y tranquila embria-
guez del panteísmo:

En el santo abandono de un éxtasis profundo
palparé al unísono con el alma del mundo....
Y me hundiré en el sueño inefable y profundo...

Pero no se extinguió la vieja sabia ro-
mántica; la experiencia del dolor, siempre
personal, íntima siempre, es acaso quien la
remueve,—como aquella tristeza antigua
que interrumpió su felicidad olvidadiza:

Yo podaba mi huerto y libaba mi vino....
Y la vieja tristeza se detuvo a mi lado
y la oí levemente decir: ¿Has olvidado?
De mis ojos aun turbios del placer y la fiesta
una lágrima muda fué la sola respuesta....

La inquietud le pide que mire hacia
adentro:

Te engañas: no has vivido mientras tu paso incierto
surque las lobregueces de tu interior a tientas....

Halla su camino. Está ante las puertas

de la madurez. Ha conquistado su equilibrio, su autarquía:

....Y sé fundirme en las plegarias del paisaje
y en los milagros de la luz crepuscular....
Mas en mis reinos subjetivos
do sólo yo sé penetrar,
se agita un alma con sus goces exclusivos,
su impulso propio y su dolor particular.

IV

La autobiografía lírica de Enrique González Martínez es la historia de una ascensión perpetua. Hacia mayor serenidad; pero, a la vez, hacia mayor sinceridad, hacia más severo y hondo concepto de la vida. Espejo de nuestras luchas, voz de nuestros anhelos, esta poesía es plenamente de nuestro siglo y de nuestro mundo. Terribles tempestades azotan a nuestra América; pero Némesis vigila, pronta a castigar todo desmayo, toda vacilación. Tampoco pretendamos olvidar entre frívolos juegos, entre devaneos ingeniosos, el deber de edificar, de construir, que el momento impone. Nuestro credo no puede ser el hedonismo; ni símbolo de nuestras preferencias ideales el faisán de oro o el cisne de seda. ¿Qué significan las *Prosas profanas* de Rubén Darío, cuyos senderos comienzan en el jardín

florido de las *Fiestas galantes* y acaban en la sala escultórica de *Los trofeos*? Diversión momentánea, juvenil divagación en que reposó el espíritu fuerte antes de entonar los *Cantos de vida y esperanza*.

La juventud de hoy piensa que eran, aquellos, "demasiados cisnes"; quiere más completa interpretación artística de la vida; más devoto respeto a la necesidad de interrogación, al deseo de ordenar y construir. El arte no es halago pasajero, destinado al olvido, sino esfuerzo que ayuda a la construcción espiritual del mundo.

Enrique González Martínez da voz a la nueva aspiración estética. No habla a las multitudes; pero a través de las almas selectas viaja su palabra de fe, su consejo de meditación:

Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje....

Mira el buho sapiente....

El no tiene la gracia del cisne, mas su inquieta pupila, que se clava en la sombra, interpreta el misterioso libro del silencio nocturno.

V

Bajo las solemnes contemplaciones del poeta, vive, con amenazas de tumulto, la inquietud antigua. Así, bajo la triunfal armonía de Shelley, arcángel cuya espada

flamígera señala cumbres al anhelo perenne, solía gemir, momentánea, la nota del desfallecimiento.

El poeta piensa que debe "llorar, si hay que llorar, como la fuente escondida"; debe purificar el dolor en el arte, y, según su religión estética, transmutarlo en símbolos. Más aún; el símbolo ha de ser *catarsis*: ha de ser enseñanza de fortaleza.

Pero la vida, cruel, no siempre da vigor contra todo desastre. Y entonces, el artista cincela, con sombrero deleite, su copa de amargura, cuyo trágico esplendor seduce como filtro de encantamiento. En las páginas de *La muerte del cisne* luchan los dos impulsos: el de la fe; el de la desesperanza, la voz sollozante y conmovedora de los días inútiles y del huerto cerrado.

Son duros los tiempos. Esperemos.... Esperemos que el tumulto ceda, cuando baje la turbia marea de la hora. Vencerá, entonces, la sabiduría de la meditación, la serenidad del otoño.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

Washington, marzo de 1915.

(*Cuba Contemporánea*. Habana.)

LAVANDERA

A ARMANDO DONOSO

Cae la tarde. El estero
pasa las yerbas rozando,
y jactancioso y artero
va indiscreciones charlando.

Junto a alameda frondosa
la joven cantando lava
y se duele ruborosa
de penas hondas esclava.

En su afán al agua implora
y al viento penas deslíe...
(Ella ve que el agua llora,
y el agua pasa... y sonrío !)

“Tú,—la dice ingenuamente,—
tú, que sabes mi aflicción,
como refrescas mi frente
refresca mi corazón !”

“Tú, que curiosa escudriñas
la inocencia y el pecado,
de mis locuras de niña,
borra manchas... si has hallado !”

“¿ Aquélla?... Amor, frenesí,
que tú ya sabes... pasó”.
(Su candor percibe un sí
y el agua rezonga *nó*.)

“Verdad que en mar traicionera
naufragué... ¡ Qué se ha de hacer !”
(Suspira una enredadera
y el agua íe al correr.)

“Fué escollo el que soñé puerto...
¡ Todo el que sufre delira !”
(Un ave medita: *Es cierto...*
y el agua insiste: ¡ *Mentira!*)

“De otra pasión insondable
los deliquios... nunca más.”
(Y el agua suena implacable:
Pues ya verás, ya verás!)

Y así, sentada a la orilla
rumorosa del estero,
lava y le cuenta sencilla
sus deslices al artero...

Y ni ve que hasta la leve
saya que sus formas vela,
el agua a saltar se atreve
y va explorando en la tela.

Mueve el dolor su alma mustia
como el viento ávida flama,
y el agua ensaya en su angustia
rimas para un epigrama...

Ella apura su agria copa...
y se embriaga en la ilusión
de que lavando la ropa
queda blanco el corazón !

J. LAGOS LISBOA

(Del volumen *Yo iba solo...*
Santiago de Chile. 1915)

LOS TEMPLOS

REFIERE Diógenes Laercio que Epicuro, el sereno enemigo de los Dioses en la Grecia decadente, era asiduo visitante de los templos. Yo también tengo esa piadosa costumbre, y no hay ciudad, ni aldea cuyos templos o iglesita de espadaña no despierten en mí irresistible curiosidad de conocerlos y de santiguarme en sus piscinas con sus aguas benditas. A los coloniales templos de la ciudad de Buga, mi tierra natal, con sus apollillados cuadros de Angelino Medoro, pintor romano, sus altares dorados, sus custodias cuajadas de pedrería, sus ornamentos y sus platas labradas, debo la primera sensación de belleza y de piedad, y a los de Popayán y Bogotá, ricos en suntuosos artesonados y artísticas obras de talla, mi amor de las cosas sagradas. Y es porque yo experimento una rara emoción, que me huelgo en saborear y multiplicar, al penetrar solo en estos solitarios refugios de los espíritus selectos y apasionados, al ponerme delante de esos cuadros fascinadores, de anchísimos y pesados marcos con guirnaldas de ángeles, lienzos enriquecidos con la pátina de los tiempos, que representan, en fon-

dos celestes, ermitaños de venerables calvas, torturados y medio desnudos, que agarran en sus escuálidas manos las Sagradas Escrituras, y a quienes acompaña, en su perpetua soledad, un león de indómita cabellera o la trompeta del juicio final. Lienzos que hacen desfilar a los Patriarcas de la antigua ley, en medio de rebaños y gavillas, o a la Samaritana, con el cántaro al brazo, que se dirige al antiguo pozo, o a los israelitas, de regreso de la tierra de Canaán, que traen a cuestas, como muestra de su milagrosa fertilidad, enormes y lozanos racimos, purpurados por la tarde.

Los templos convidan a soñar en cosas terribles y deleitosas, a la vez. Cerca de las tinieblas y las fulgurantes llamaradas de los infiernos, de las horribles muecas de los demonios empedernidos, aparece, en un muro bañado por la luz matinal, un huerto fresquísimos, con diáfanos arroyos de agua, y la casta Susana, desceñida la túnica, y tan blanca y tan tímida como los corderos pascuales.

Los templos me recuerdan lecturas que han dejado honda huella en mi espíritu, me reviven los primores de esos libros llamados vejestorios por el vulgo de actualidad, que contienen en caracteres góticos, con estampas magníficas, bajo un grueso forro de dorada piel de carnero, las *Vidas de los Santos Padres del Desierto*,

escritas por antiguos autores griegos o la *LEYENDA Dorada* del bienaventurado Santiago de Voragina, o las *HOMILIAS* de San Basilio Magno, en que habla del *Método que debemos seguir para leer los libros de los gentiles*,* o las de San Juan Crisóstomo, cuando dirigiéndose a la malvada Eudoxia, empieza así: “Una vez más Herodíades delira, una vez más sueña ver la cabeza de Juan en un plato”. Todo en estos libros es admirable y fascinador: la rusticidad de las imágenes, la inefable sencillez del relato, la ingeniosa invención, la divina ingenuidad, la desumbradora elocuencia.

Los protestantes condenaron la lectura de los filósofos paganos. En cambio los Padres de la iglesia los estudiaron y escoliaron, y los monjes de Italia, en el monasterio del monte Casino, conservar on los tesoros de la antigüedad, y en la tranquilidad de sus sedes tiburtinas, leían los autores gentiles con las Sagradas Escrituras.

Nada que me sobrecoja más y me incite a más seria meditación que oír el eco de mis propias pisadas sobre las sordas losas de esas capillas ocultas, penumbrosas y lóbregas en cuyo santuario agoniza, en un vaso de transparente aceite de olivas, una llama bermeja. Parece que en los rincones,

* En el número 27 de la *Colección Ariel* hemos publicado esta famosa homilía de San Basilio.

Hemos publicado también la *Defensa de Eutropio*, de San Juan Crisóstomo.

duermen los largos dejos de las vísperas crepusculares o los últimos resonantes arpegios del órgano sonoro, y se respira un ambiente ultraterrestre en que se confunden las esencias de las flores marchitas, de los óleos y resinas aromáticas, con el sacro olor de las ceras amarillentas, de los linos y vasos de las consagraciones.

Pienso que por estos presbiterios vetustos, en las grandes solemnidades, en las pomposas liturgias, han pasado con sus rostros de verde ancianidad, sus puros cabellos blancos, sus capas pluviales, sus rojas casullas y albas sobrepellices los austeros Prelados, dechados de santidad y amor de Dios. Y que aquí, ante la mesa del banquete eucarístico, se postraron temblorosas de fervor y castidad, legiones de impolutas vírgenes, de matronas veneradas, de severas esposas, u ofrecieron para siempre su corazón, como un presente, candidas prometidas, ruborosas por la primera vez, y coronadas de azahares.

A un eximio orador sagrado de Bogotá le oí decir en brillante festividad: "Santa Teresa, esta Safo del amor divino!" Cuando visito los templos, cuando recorro estos solitarios refugios de los espíritus selectos y apasionados, y respiro el ambiente de las cosas sagradas, yo siento toda la intensidad de esa frase dulcísima.

CORNELIO HISPANO

Caracas. 1911

(*El Cojo Ilustrado*. Caracas.)

EL VINO DE LESBOS

Si queréis de mi lira
 oir los sonos,
dadme vino de Lesbos
 que huele a flores !

Y si queréis que dulces
 amores cante,
venga Lelia a mi lado
 y el vino escancie !

Pero no en cinceladas
 corintias copas,
por que el vino de Lesbos
 se liba en rosas !

El Amor nos lo brinda,
 y el que lo bebe
arder en sacro fuego
 feliz se siente !

Es suave como el néctar
 que en los festines
de Olimpo, Ganimedes
 alegre sirve !

Que venga Lelia hermosa,
 y sus hechizos

celebraré en mis cantos,
 bebiendo vino !
Veréis cómo la niña,
 si oye mis coplas,
me da el vino de Lesbos
 pero en su boca !
¡ Por que el vino de Lesbos
 se liba en rosas !

EL BRINDIS

Coronadas las frentes
 de mirto y rosas,
descubiertos los senos
 y altas las copas,
por el cantor de Laura
 brindan las mozas
y a los brindis suceden
 risas sonoras.
El, en tanto, beodo,
 el vino toma
y, olvidando a su amada,
 brinda por todas;
y al apurar del néctar
 la última gota,
una lágrima ardiente
 deja en la copa.

EL BAÑO

Atraviesa el Guadalupe
deslizándose tranquilo
entre frondosos laureles,
rosas, naranjos y mirtos,
eterno amor murmurando
en su lenguaje argentino,
un lugar lleno de flores
en la montaña escondido.
El aire que allí se aspira
es suave, apacible, tibio,
y está lleno del aroma
de los labios purpurinos
de Laura, la Primavera
de aquel feliz paraíso,
donde sus más tiernos cantos
ensaya el ave en su nido,
son más risueñas las frondas,
es más rumoroso el río
y siempre se mira el cielo
azul como los zafiros.
Que siendo aquellos vergeles
de tal Primavera asilo,
jamás, con su helada corte,
llega el Invierno aterido.

Apenas florece el alba,
viene la virgen al río,
que se estremece de gozo
al presentir sus hechizos.
Sonriendo, sobre la grama,
desata el blanco vestido,
desprende su cabellera,
que cubre su espalda en rizos,
y dejando descubiertos
sus hombros alabastrinos,
con sus dedos sonrosados
conteniendo los latidos
de su delicado seno,
desabróchase el corpiño
y muestra al sol, ruborosa,
de su hermosura el prodigio. . . .
La ondas, al recibirla,
exhalan tenue suspiro,
y blanca lluvia de perlas
baña su cuerpo divino;
y se quedan cintilando
aquellos senos tan lindos,
como botones de rosa
salpicados de rocío.

ENRIQUE FERNÁNDEZ GRANADOS.

(De *Myrtos*. EDICIONES PORRÚA México. 1915)

PURISMO DE OLLA PODRIDA

El otro día, al abrir *Los lunes del Imparcial*, tuvimos un violento sobresalto al creer tropezar con un espectro: el de D. Antonio de Valbuena. Suponíamos que este buen señor había dejado de existir hacía medio siglo o cosa así. Aún vive, eterno cancerbero del purismo de la lengua.

Con humor y solaz, ¡qué divertido ensayo psicológico podría escribirse sobre el purista!* Su misión consiste en esforzarse por que el idioma nativo conserve su ranciedad, su sabor a olla podrida y fritada de aceite. Nada de palabras nuevas o exóticas, nada de giros extraños. Para los que tales crímenes cometen, el purista tiene siempre a mano un vocablo aplastante: ¡galicursis! Si el purista fuera consecuente, tendría que indignarse de que sus hijos crezcan, de que sus hijas celebren coyunda, de que las sociedades humanas cambien,

* Una admirable contribución a esta psicología del purista puede hallarla el lector en la obra *Camino de Perfección* del egregio escritor venezolano Manuel Díaz Rodríguez.

de que la corteza terrestre se modifique, de que los mundos siderales se transformen; en suma, de que todas las cosas, en virtud de leyes físicas o biológicas, sufran el eterno proceso del cambio. El purista ve en el idioma un objeto de museo, algo fósil por el cual hay que velar celosamente. ¡Nadie lo toque! Si hubiera estado en mano de los puristas, no habría más que un idioma: el cavernario, compuesto de unos cuantos sonidos onomatopéyicos. Pero los ríos no corren cuesta arriba, y las lenguas cumplen las leyes de su desenvolvimiento a despecho de todos los Valbuenas y "Chicos del Instituto" que pretenden detenerlo con sus palmetas, tan inocuas como risibles.

(De *España*. Madrid.)

UNA VICIOSA COSTUMBRE

Señalaré una desviación causada por su ejemplo. * Los que le escuchábamos y leíamos con atención y respeto de neófitos entre 1880 y 1885, tendíamos a creer, naturalmente, que la mayor parte de las voces usuales

* El ejemplo del colombiano Luis Eduardo Villegas "hombre docto, jurisconsulto de muchas letras, y ardiente adorador de la hermosa lengua castellana."

eran provincialismos, o eran incrustaciones artificiales procedentes del contacto con otras lenguas, señaladamente la francesa, que la enseñanza elemental ponía al alcance de muchas mentes. Esa tendencia se completaba con el anhelo de buscar la palabra castiza entre los términos poco usados. Existía la palabra *aceitera* de uso corriente. Si llegábamos a enterarnos de que la palabra *alcuza* significaba lo mismo y aparecía en un escritor castellano de nota, la palabra *aceitera* llevaba todas las probabilidades de morir arrinconada.

Una tarde, guiado por uno de los empleados del instituto, me acerqué a ver las notas con que el Dr. Villegas señalaba el andar de la clase. Eran una revelación. Decían, si bien me acuerdo: *Arreitigorrea* hizo novillos. *Elejalde* marró. *Barreneche*. Exposición nutrida. Optimo." *Hacer novillos* y *marrar* son voces castizas; pero las hay igualmente sanas que andan en boca de todos. De esta tendencia del Dr. Villegas provino, sin duda, el vicio, reconocible todavía en algunos escritores, de preferir entre dos palabras la menos favorecida por el aura popular, y el de trasegar por nuestros buenos autores del siglo XVI y XVII en busca de giros y vocablos que la gen-

te ha puesto a un lado. Esta viciosa costumbre tiene por coronamiento el trasegar de día y de noche por el Diccionario de la Academia en busca de palabras extrañas para echar mano de ellas, y en solicitud de las usuales que el centón no acoge para arrojarlas al olvido. Dicen *memo* porque está en el Diccionario, aunque nadie usa la palabreja, y no se atreven a decir *prescindencia* o *evanescente* o *velívolo*, si les viene a cuento, porque dormía sobre sus laureles el académico a quien por acaso le correspondió redactar esas páginas del Diccionario.

B. SANIN CANO.

(*Hispania*. Londres.)

EL MAESTRO PUBLICO*

Cuba independiente se ha esforzado no poco por ganar el tiempo perdido; y ha dedicado buena parte de sus energías a la obra fundamental de educar a sus futuros ciudadanos. Obra reparadora y previsoras. Pero usted y, con usted, no pocos hombres perspicaces han advertido que se hace necesario que la conciencia pública se inte-

* De una carta del Dr. Varona al Presidente de la *Fundación Luz Caballero*.

rese más y con más inteligencia por ese arduo problema.

Ven, sin duda, que mientras por una parte se prosigue el esfuerzo inicial, por otra éste se tuerce insensiblemente y al cabo toma un rumbo peligroso. La escuela que responde al concepto moderno del estado libre es la escuela laica. Las razones son obvias. Pero entre nosotros se han multiplicado y prosperan las escuelas confesionales.

Claro está que no intento poner siquiera en entredicho el perfecto derecho que tienen los maestros que rigen esos establecimientos y el no menos perfecto de los padres que envían a ellos a sus hijos, los someten a esa disciplina y consienten que señalen a sus vidas la dirección que allí se les da.

Pero afirmo que cuantos miran con ojos claros por el porvenir de la patria deben dar la voz de alerta no a los convencidos, no a los creyentes, sino a los imprevisores, que suelen ser los más. La reacción, que entre nosotros va sordamente ganando terreno y cada día intenta el asalto de un nuevo reducto, en nada pone más empeño que en dominar la escuela.

En toda sociedad pequeña resulta siempre fácil que se coliguen elementos poderosos, e imperen. Entre nosotros, mucho más fácil, por circunstancias históricas bien conocidas. Esto

obliga al país a vigilancia incesante y a esfuerzos reiterados. Por desgracia, desde el punto de vista cívico, no es el cubano ni vigilante, ni esforzado.

En materia de educación popular parece contentarse con el saludo a la bandera y el canto del himno. Bueno es lo uno y también lo otro. Pero como partes de un todo, como exponentes de un espíritu. El espíritu inspirador de la revolución, que abrió sus aulas para todos, con iguales derechos, con igual dignidad; no para que subrepticiamente se deslice en ellas la práctica de esta o la otra confesión sectaria.

El maestro público desempeña un cargo de alta confianza; a que no puede faltar sin hacer traición a sus deberes. Si su conciencia lo obliga a ser propagandista de un credo, debe dejar de ser maestro público. Puede abrir enfrente de la escuela pública una escuela confesional,

No hay que tergiversar mis palabras; y esto no va con usted, doctor. El maestro público puede ser sinceramente cristiano, mahometano, budhista o fetichista; pero no catequizar en su aula, ni dentro de los muros de su escuela. Eso es todo. Lo cual no quiere decir que sea poco. La escuela pública, como el cuartel, como el tribunal, como el palacio, como todo lo que pertenece al estado, tiene que ser neutral. El maestro y el magistrado pueden mantener una capilla en su casa; pero no en la residencia o la mansión oficial.

Insisto en esto, porque lo considero capital; pero ello no implica la menor lesión para la personalidad moral del maestro. No se quebranta porque se le señale el circuito dentro del cual ha de moverse.

Precisamente soy de los que creen que el maestro de primeras letras debe disfrutar de no pequeña libertad en sus relaciones con los discípulos. No me parece conveniente que se le asfixie bajo la balumba de preceptos meticulosos. Y esto, porque la verdadera enseñanza en ese período no corto de iniciación es individual, de maestro a discípulo, a cada discípulo.

Hay reglas útiles y necesarias, pero no deben resultar al cabo cadena inflexible para el que enseña. El fin de ésta es hacer hombres, no maniqués. Por eso el maestro no debe ser a su vez un maniquí, que adiestra hábilmente a otros como él.

Con hombres convertidos en maniqués se hace lo que el mundo está viendo hoy con asombro y dolor. Máquinas tremendas para destrozar. Aspiramos a que nuestra pequeña república sea la morada pacífica de hombres dueños de sí mismos, de hombres que se respeten y se inclinen con respeto ante el derecho de sus iguales.

ENRIQUE JOSE VARONA

(*Cuba Contemporánea*, Habana, 1915)

UNA SOLA DISCIPLINA

Un pueblo no es la suma de sus especialistas; un pueblo puede muy bien no ser inteligente y estar materialmente lleno de sabios; un sabio —en el sentido alemán de especialista, de investigador de una disciplina— puede ser perfectamente un hombre tosco, sin ninguna finura intelectual.

He observado que en los pueblos pequeños de escasa mentalidad se atribuye el summum del talento, de la habilidad, de la cultura, a los abogados. Para un ignorante, un abogado es un hombre que sabe de todo, que entiende de todo y que habla de todo. Hay que oír a los abogados charlar con perfecto desenfado, haciendo uso de una maquinilla, de una lógica abogadesca, para producir ideas. A nadie se le ocurre pensar que ese abogado puede ser una eminencia en Procedimientos Judiciales y un perfecto botarate en todo lo demás. La inteligencia más bien se pervierte que se desarrolla con el cultivo constante de una sola disciplina. La paciencia experimental nada tiene que ver con la agilidad, con la frescura del espíritu. Un sabio no tiene otra autoridad que la del radio de la disciplina que cultiva. Yo, al menos, conozco sabios muy brutos e ignorantes muy inteligentes, mucho más inteligentes que los sabios de mayor monta.

JOSE SANCHEZ ROJAS.

(Hispania. Londres.)